

56.

LA GUARDIA CIVIL.

I.

Pobre cantor vagabundo,
 del palacio á la cabaña
 voy solícito buscando
 la virtud para cantarla
 y donde la hallo, la canto
 con el corazón y el alma.
 Ni al rico ni al pobre adulo,
 que mi pobreza me basta
 para seguir poco á poco
 por este valle de lágrimas.
 Si caigo y un caminante

á levantarme se para,
 poso agradecido el labio
 en la mano que me alargan,
 pero no me quejo nunca
 de los que de largo pasan.
 Mis ambiciones de gloria
 son la de hacer mi jornada
 con la conciencia tranquila,
 con el corazón sin mancha.
 Dios me dé una pobre choza
 en mis queridas montañas,
 donde manzanas y guindas
 coja desde la ventana,
 donde oiga cantar los pájaros
 al despuntar la alborada!
 Si pomposas inscripciones
 mi sepulcro no engalanan,
 alguien dirá: — «En esa fosa
 un hombre honrado descansa,
 y ese es mi único deseo,
 esa mi única esperanza,
 que siempre he vivido libre
 de vanidades mundanas.»

II.

Luchó iracundo el hermano
 con el hermano en mi patria,
 y allá en los campos benditos,
 que fierro y virtudes guardan,
 los que lucharon Caines,
 mansos Abeles se abrazan.
 Pero la sangrienta lucha
 dejó sembrado en España
 el gérmen de las pasiones
 rapaces y sanguinarias,
 y gimió el bueno oprimido
 por la maldad despiadada.
 Oyólo Isabel la buena,
 la compasiva, la magna,
 y de sus ojos de cielo
 brotaron piadosas lágrimas,
 que se cernió el infortunio
 sobre su cuna dorada.
 «Exista, dijo, en la tierra
 bendita, leal, hidalga,
 donde la *Santa hermandad*
 existió en la edad pasada,
 un poder que al bueno sirva

de perenne salvaguardia.
 Quiero que ese poder rijas
 tú, noble duque de Ahumada,
 tú que eres buen caballero
 y de gloriosa prosapia,
 tú que eres dos veces noble,
 por la cuna y por el alma!»
 Un grito de regocijo
 resonó en mi dulce patria,
 y á la voz de Isabel, fué
 la Guardia civil creada,
 y al verla, el pueblo español
 cantó lleno de esperanza:
 «Viva la Guardia civil
 »porque es la gloria de España!»

III.

La nieve cubre los puertos,
 el helado cierzo brama,
 ruedan desde las alturas
 aludes como montañas,
 está el camino obstruido,
 la luz del día se apaga,
 rugen en los matorrales
 las hambrientas alimañas

y por todas partes reina
 una soledad que espanta!
 ¡ Pobres de los caminantes
 que prosigan su jornada!
 Mas..... ¿qué bultos son aquellos,
 que en la nieve se destacan
 y bregan á fin de alzarse,
 y caen apenas se alzan?
 Son dos pobres transeuntes
 que han perdido la esperanza
 de tornar á sus hogares
 donde el amor los aguarda,
 donde, mirando si viene
 el dulce esposo del alma,
 una mujer está puesta
 de pechos á la ventana!
 Ay miseros transeuntes!
 pronto acabarán sus ansias,
 que la sangre de sus venas
 se paraliza y se cuaja
 y las fuerzas faltan á ambos
 y hasta el aliento les falta!
 Ay miseros transeuntes!
 poned en Dios la esperanza
 y no dirijais al valle
 la moribunda mirada!
 — Señor! dicen con voz débil,
 somos la única esperanza

de los séres desvalidos
 que allá abajo nos aguardan!
 No permitas que esos séres
 en el desamparo yazcan.» —
 Dios que escucha el infortunio,
 dos salvadores les manda,
 pues luchando con el cierzo
 que entre la nieve los lanza,
 con el pecho jadeante
 y la faz amoratada,
 trepan dos guardias civiles
 á la fragosa montaña.
 Si la ventisca los hiela,
 la caridad los inflama!
 Exánimes y ateridos
 á los caminantes hallan
 y ellos, valientes soldados
 que en cien sangrientas batallas
 hollaron muertos y heridos
 sin derramar una lágrima,
 ante aquel triste espectáculo
 compasivos las derraman!
 A aquellos cuerpos inertes
 calor, abrigo les falta,
 y del glorioso uniforme
 despojándose los guardias,
 esponen su propia vida
 para conservar la estraña,
 25

nuevos Martines que parten
 con Jesucristo la capa!
 El viento arrecia, la nieve
 sepultarlos amenaza,
 cierra la noche, y las fieras
 en los matorrales braman.....
 A los pobres caminantes
 toman en hombros los guardias
 cual tomó el buen caballero,
 el de la invencible espada,
 el Cid, al divino Lázaro
 en la selva solitaria,
 y así, cargados con ellos,
 descienden de la montaña
 aquellos sublimes héroes
 de la caridad cristiana,
 con el cansancio en el cuerpo
 y la alegría en el alma,
 y al verlos el pueblo grita
 desde puertas y ventanas:
 — «Viva la Guardia civil
 » porque es la gloria de España!»

IV.

En una pobre vivienda
 yace en el lecho postrada
 una mujer, tan doliente
 del cuerpo como del alma;
 al lado del pobre lecho
 está pensativo un guardia,
 y tres niños, mas hermosos
 que tres luceros del alba,
 suspiran medio dormidos
 en un rincon de la estancia.
 — Hijos, es ya media noche.
 ¿Por qué no os vais á la cama?
 — Madre, queremos cenar!
 — No cenásteis?
 — Casi nada!
 Queremos mas pan!
 — Pero, hijos,
 ¿no veis que no hay mas en casa?
 — Pues yo quiero pan!
 — Y yo!
 — Jesus, qué matraca!
 No me rompáis la cabeza!

— Tengamos paciencia, Clara.
Mira que si te incomodas
te vas á poner mas mala.
— Ay Juan! el caso es que tienen
las pobres criaturas harta
razon para pedir pan
y tendrán aun mas mañana!
— Pediré á mis compañeros
para comprar en la plaza
y creo me lo darán,
porque en el cuerpo, á Dios gracias,
las almas buenas abundan
y la caridad no falta.
— Pero hemos cansado tanto!
— Los buenos nunca se cansan!
— Ay! estas enfermedades
son la ruina de las casas!
— Clara por Dios, no te aflijas,
que no nos faltará nada. —
Y al pobre guardia civil
se le saltaron las lágrimas,
que tambien estaba falto
su corazon de esperanza.
Despues oyendo las doce
en una iglesia cercana,
se despidió con un beso
de las prendas de su alma
y el servicio de parejas

poco despues comenzaba.
Estaban ocho bandidos
ocultos en unas matas
y á Juan y su compañero
hicieron una descarga,
pero los buenos arrostran
los puñales y las balas
cuando el honor los anima,
cuando el honor se lo manda,
y lejos de intimidarse,
acometieron los guardias
y se trabó la pelea
aunque desigual, porfiada.
Seis bandidos entregaron
allí á Lucifer el alma,
y mientras su compañero
al sétimo maniataba,
Juan maniataba al octavo
en la arboleda cercana.
— Cien onzas le doy á usted
si consiente que me vaya.
— Aunque me de usted doscientas.
— Muchas tiene usted en casa!
— Suplico á usted que se calle,
pues me ofenden sus palabras.
— Pero quién ha de saberlo?
— Mi conciencia y eso basta.
Ande usted delante! —

Y Juan
se une con su camarada
y escoltando á los bandidos
entran en el pueblo al alba;
circulan de boca en boca
las nuevas de aquella hazaña
y el pueblo viéndose libre
de los bandidos, esclama:
— «Viva la Guardia civil
» porque es la gloria de España!»

v.
Feliz el pueblo que puede
dormir en la confianza
de que hay un ángel custodio
que le cubre con sus alas!
Ya reduzcan á cenizas
los edificios las llamas,
ya la corriente del rio
las poblaciones invada,
ya el infeliz trajinero
se hunda en simas ó barrancas,
ya carezca el caminante
de alimento ó de posada,
ya el puñal del asesino

atente á la vida humana,
siempre la Guardia civil,
cual la paloma del arca,
en medio del cataclismo
es nuncio de la esperanza,
y por eso en todas partes
bendiciones la acompañan,
por eso Dios la protege
cuando al peligro se lanza,
por eso la canto yo
con el corazon y el alma.

atento á la vida humana,
siempre la guarda civil,
cual la galana del ara,
en medio del calceano
es nuncio de la esperanza,
y por eso en todas partes
condiciones se encuentran
por eso tiene la protego
cuando el peligro pasa
por eso la canto yo
con el corazón y el alma.

EL PASAJERO.

I.

Matilde! aquel desterrado
á quien un día enviaste
tu bendición generosa
desde tus nobles hogares,
pasó por tu puerta un día,
pero no entró á saludarte,
porque desde esa montaña
que ves á occidente alzarse,
le gritaban: — «Desterrado,
no te pares, no te pares,
que hace veinte años te esperan
en el hogar de tus padres!»

II.

Hoy que han bendecido al triste
cantor de trovas vulgares
su padre desde la tierra
y desde el cielo su madre,
al tornar á su destierro
se detiene á saludarte
con este cantar que cantan
las doncellas de su valle:
— «De las puertas de la gloria
solo Pedro da las llaves
á las que son buenas hijas
y á las que son buenas madres.»

FIN DE LOS CANTARES.